

# Los progresos morales de BUENOS AIRES

## EXAMEN SIN OPTIMISMO

Buenos Aires ha progresado en todo sentido en lo que lleva andado el siglo. No se juzgue esta afirmación como una ineptia optimista o un aserto que para todos es evidente. Si es una perogrullada, aún tiene valor como enunciado de enaltecimientos y adelantos que de todos son sabidos, pero de los que pocos se dan cuenta exacta de cuán profundos han sido. Especialmente, morales. Aquí saltarán algunos objetando que el aumento de la criminalidad juvenil, la poca duración de los matrimonios nuevos, la densa atmósfera sexualizante de las artes —novela, teatro, cine, publicidad— llevan nuestra época abajo en la curva gráfica de lo ético social. Anúlase con estas muestras, sostendrán, todo otro progreso moral manifiesto que pueda haber habido en los dos tercios del siglo ya transcurros. También otros me imputarán una ingenuidad incompatible con mis años. O hablarán de un optimismo a lo Cándido. No hay optimismo ni pesimismo posible en un porteño: hemos heredado el realismo de los españoles: los pies en la tierra y los ojos puestos en el cielo, en cualquier cielo, no sólo en el de la visión beatífica. ¿Optimismo? El primer progreso del porteño es el de ser el hombre a quien hoy no le engaña nadie: ni el político ni el ideólogo; ya nadie le estafa con el cuento del tío, ni del buzón, ni del tranvía, ni del sillón de Rivadavia. Por otra parte, en toda esta disquisición, el lector no debe olvidar que el hombre, y por ende el porteño, participa del ángel y de la bestia en proporciones que no tienen nada que ver con el progreso humano, porque algunas veces se dan más de una que de otra parte y algún tiempo después es a la inversa, o con oscilaciones que carecen de importancia. Y sin embargo, el porteño ha progresado en muchas de las manifestaciones de su vida. Veámoslo.

## DEL TANGO AL LUNFARDISMO

Inclusive mis supuestos contricantes sostendrán, que en la realidad histórica de los hechos, si hubo progresos en algún sentido, en otros sólo ha habido retrocesos. Por ejemplo, si se arguye que la ley de profilaxis social de 1936 terminó con la esclavitud de la mujer y aventó el rufianismo, cuya vastísima organización se diluyó lentamente al emigrar los jefes del país o al arrojarse otros a diversos campos del delito, pero obligando a los más a someterse al trabajo, todo lo cual es positivo, en cambio han aumentado los males derivados: la prostitución secreta y la perversión sexual masculina. En efecto, las flaquezas del entendimiento y de la voluntad forman parte de la maldad humana. Pero aún teniendo en cuenta lo que pesa —además— la hipocresía hominal en estas materias, el progreso moral (y no sólo por la ley de 1936) de la ciudad ha sido enorme. El mundo de lujuria desatada y de sufrimiento de los porteños de fines del siglo anterior y comienzos de éste ha sido descrito en letras de fuego por José Sebastián Tallon y, últimamente, evocado y estudiado con crudeza el de la segunda década del siglo y años anteriores, por Tulio Carella. Remítome a las páginas de ambos autores.

He escrito que ese progreso está unido al que ha sufrido el mundo paralelo del tango, de orígenes prostibularios (sobre todo en su coreografía), pero que ha evolucionado hacia la decencia y el decoro, por lo cual cesó, hacia 1912, la general prohibición de bailar en los hogares.

La letra del tango refleja ese ascenso. Ella tiene dos períodos: el de las coplas primitivas, de sentido procaz muchas veces (los títulos mismos de los tangos primitivos son de doble alusión); y el de la letra lunfarda que se le incorpora en 1917, mucho más limpia y que a su vez ofrece un desarrollo sin par en este camino de perfeccionamiento moral. No obstante, Gardel vaciló en cantar *Mi noche triste*, que fue la primera letra típica, aquella con la que nace el género. Y, si se deja de lado la poca calidad literaria de muchas letras, debe reconocerse que el género posee poemas primorosos y aún muy bellos por su valor tanguístico y humano. Y, paralelamente, hay una superación constante, en el aspecto moral de las mejores letras. En estos últimos años ello sucede en las abundantes evocaciones de aquellos infiernos porteños del pasado en que se va quedando la literatura tanguera.

Ocurre algo idéntico en materia de habla. En primer lugar, el lunfardo, en realidad, no es un dialecto; es únicamente un vocabulario que se inserta en la sintaxis española y que afluye en el caudal de voces del castellano, pero dándole características propias. Todas las grandes ciudades del que se ha llamado imperio idiomático hispánico tienen parecidas particularidades. No es exactamente el mismo lenguaje el que se habla en Madrid, Sevilla, Santiago de Chile, Lima o Quito. Más al norte, en Bogotá, Caracas, La Habana, Méjico, las diferencias nacionales se agregan a la perversión que ocasiona la vecindad del inglés, que todo lo contamina.

El lunfardo actual ha asimilado en el Gran Buenos Aires italianismos, portuguesismos, galicismos, anglicismos e indigenismos con tal gracia, ternura, vida y humanidad, que nuestra parla popular porteña, presenta una finura y una sutileza que lo hacen primar en el cotejo de las jergas capitalinas del español.





Sigfredo



# Los progresos morales de BUENOS AIRES

## EL TRIUNFO DE LA VERDAD ESTETICA

Esta realidad influye sobre otra de aún mayor alcance ético y estético. Los pueblos están hoy intelectualizados y se hablan en ellos en todas partes, dos idiomas bien diferenciados: el oral y el escrito. Aún el lenguaje escrito de los periódicos es mucho más cuidado y preciso que el oral, sobre todo el coloquial, en el cual ninguno de los interlocutores escucha al otro. Pero el oral es síntesis rápida de la vida, sin ficciones de ninguna clase, salvo las intencionales. La literatura nos tiene que dar la vida d lo que se retrata y, si no lo hace se queda en "literatura". Pues bien, la literatura argentina contemporánea ha roto con el falso traslado de lo estrictamente gramatical del afectado castellano que se enseña en la escuela y que es especiosa imitación del castellano de España. Desde hace veinte o treinta años nuestra novelística y nuestra dramática nos dan el lenguaje verdadero del hombre porteño. Tanto es así que hasta en televisión nos traducen las obras de teatro extranjeras —italianas, inglesas, francesas— con nuestro voseo, con nuestras congenitales declinaciones verbales y con nuestro vocabulario porteño, lunfardo que le dicen...

Estos son los dos progresos a que me refería: el moral, que es el de la verdad; y el estético, que es el de la vida y vida verdadera, a través del arte.

## BORRACHOS Y MATONES

Cuando yo era niño y caminaba por esas calles de Dios a la caída de la tarde me asombraba el número de cantinas que ofrecía la ciudad, sobre todo en sus barrios viejos. Los sábados y domingos a la oración Buenos Aires ofrecía el espectáculo de borrachos que iban haciendo eses por las aceras, en tanto que otros, más temulentos aún, eran conducidos casi mansamente a las comisarias por los agentes del orden público. El enorme aumento de población no ofrece paralelo crecimiento en materia de estafios esquineros y ha desaparecido de las rúas la visión de los ebrios callejeros. Es evidente que en una metrópoli como ésta se sigue ingiriendo toda clase de bebidas alcohólicas, pero el porteño de todas las clases sociales ha adquirido la elegancia de no dejar ver sus excesos trincantes en público. Si uno recorre ciudades sudamericanas y europeas meridionales sabe que éstas ofrecen en nuestros días esa característica sabatina que antes poseía Buenos Aires.

Léase en los diarios de hoy cotidiana carga de asaltos y crímenes muchas veces cometidos por gente muy joven. No es necesario blandir la elocuencia de las cifras estadísticas para comprender que, aunque éste es un negro capítulo de todas las épocas, el porcentaje de delitos en relación a la población ha disminuido.

Quiero explicar que también en esto hay un adelanto, al menos externo. A cualquier hora del día se puede andar sin mayores preocupaciones por cualquier barrio porteño, aun los más pobres y no solamente de la ciudad, sino de su cintura suburbana: Villa Dominico, Villa Martelli, La Tablada, etc. Pero apelo nuevamente a mis recuerdos de niño y rememoro que en 1916 (y mucho más antes, según la opinión de los mayores) no se podía llegar una persona decente a internarse en ciertas calles de Flores Sur o de Palermo o de Mataderos, porque el peligro de ser robado o vejado por los maleantes que reinaban, solos o en patotas, en parajes que no estaban muy lejos de Directorio o de Las Heras o de Provincias Unidas, era grande y probable. Ya en arrabales aún más alejados la policía no entraba de noche sino a caballo y en piquetes.

La obra de la escuela argentina en todo el país y tiempo ha sido admirable. Pero a las maestras de la Capital Federal se debe la perfecta educación de modales que hoy impera; y de sencillez o de buen gusto en el vestir que se ve en las clases más pobres. Hoy nuestras mujeres obreras han perdido el complejo de timidez que tenían en gestos y palabras, no hace cincuenta años. Hasta el tono de voz de nuestros varones de extramuros ha mejorado. Aún guardo como impresión el recuerdo de voces aguardentosas, asperísimas, de un castellano muy acriollado pero elementalísimo, de los hombres de los suburbios de hace cinco décadas. En 1968 el promedio de ellos no será un dechado de pronunciación académica pero su tono varonil es culto, de tono más bien bajo, de mímica mesurada.

## INTOLERANCIA, INVERECUNDIA, IRREVERENCIA

Creo que también se advierten progresos en campos puramente espirituales. Pienso que hoy hay un mayor respeto por las ideas de los demás, que el que existía hace ochenta o noventa años. Los editoriales de "La Prensa" o de "La Nación", tan violentos y negativos entonces, hoy son mesurados y sin particularizaciones personales, muy distantes, por ejemplo, de los continuados y crudelísimos ataques de ambos diarios contra Sarmiento. Hoy no serían posibles. Se dirá que ahora hay fanáticos, fanáticos del fútbol, de los monstruos sagrados de ambas pantallas, de la política. Pero es un fanatismo educado, medio escéptico y medio cachador del objeto del fanatismo. Aquel anticlericalismo cerril de esa época ha desaparecido. Hoy se respeta a la religión y a los hombres de iglesia. No se tiene idea de la grosería conque entonces se les enfrentaba. Monseñor Piaggio, en el prólogo de una obra de Hillaire por él traducida, ha contado cuanto fuerza de voluntad tenían que poseer los sacerdotes católicos para salir a la calle. Los insultos, el tocar fierro de un modo manifiesto y lleno de ordinario, y hasta tirarles cascotes y piedras era lo regular en barrios como la Boca y Nueva Pompeya. Gracias a Dios esa individualidad ha desaparecido completamente. Las pocas iglesias que existían hace setenta años, sólo reunían para las misas dominicales mujeres y niños. No se conocía la presencia de los hombres, que hoy son el 25 o el 30 por ciento de la concurrencia a los doscientos templos católicos que existen en la Capital Federal.

## EL PECADO Y LA VIRTUD: SU MASIFICACION URBICOLA

Difícil es hablar de cualidades tomadas en una masa cercana a los ocho millones de cuerpos del gran Buenos Aires. Por otra parte es cosa sabida que, aún hoy, la metrópoli tiene demasiada gente ignorante, violenta, viciosa, con defectos de carácter y, sobre todo, de voluntad.

Cuando uno contempla, de noche, desde alguna torre, la inmensa ciudad y sus aledaños piensa, por fuerza, en cuántos crímenes, dolores, pecados e imbecilidades se están cometiendo en ese mismo momento en el monstruoso emporio, pero también en cuanto trabajo, estudio, sacrificio, dolor y cansancio acumulado que equilibra o borra lo primero. Es ver *les tois* de París o abrir los techos de Buenos Aires como hace, en la noche madrileña, el diablo cojuelo de Vélez de Guevara. Y uno quisiera, en esos instantes, ser un gran novelista y poeta para pintar y exaltar tanta vida como late en la capital extendida desde los pies hasta la lejanía del oscuro horizonte. También uno piensa en esta ciudad enorme en la que tantas cosas han cambiado. No es preciso señalar los progresos que todos conocen y aprecian en materia de salubridad, adelantos edilicios, de medios de comunicación y transporte, de proezas científicas y portentos electrotécnicos y mecánicos, crecimiento de los estudios universitarios, publicación de libros, espectáculos públicos *et sic de caetea*, porque me he querido limitar a los progresos morales, los más difíciles de percibir, reconocer, comparar y tener presentes. Sí, en todo caso, denotar la existencia de una admirable juventud y significar el cuantioso porcentaje que estudia en las facultades, colegios, escuelas normales y de comercio, institutos del profesorado, establecimientos de enseñanza técnica, profesional y de artes y oficios, que demuestra que nuestra adolescencia y nubilidad no quiere seguir perteneciendo, como antaño, a un amorfo cuerpo de peones, de obreros no especializados y de empleados subalternos. Y aún, agregar que el progreso más sugestivo es el de la argentinidad de los porteños. Cuarenta y ocho habitantes de Buenos Aires en cada cien, eran extranjeros. Hoy no llegan a doce.

En definitiva, quise solamente hacer notar algo que por falta de vivencias personales no pueden notar los porteños jóvenes de hoy. Quise también recordar que podemos elevarnos de la bestia hasta el ángel. Pascal y cualquier filósofo cristiano elogian la grandeza y la dignidad del hombre o, mejor, de ese hombre interior que nos descubrió Platón en su diálogo *Alcibiades* y del que dice San Agustín, que es lo mejor del hombre. Yo he querido elogiar la grandeza y dignidad del hombre interior porteño, que ha sabido progresar desde circunstancias ambientales penosísimas hasta llegar al decoro y a la limpieza conque hoy se honra y dignifica.





# ORGANIZACION TECHINT

*Dálmine Siderca - Propulsora Siderúrgica*